

Brujería y adivinación.

Extractos de *Usos y costumbres de los Araucanos* [1873, libro póstumo]

Claudio Gay

Traducción, selección y presentación de Diego Milos

Ofrecemos en las próximas páginas cuatro extractos del libro *Usos y costumbres de los araucanos*, escrito por el naturalista francés Claudio Gay en sus últimos años de vida, entre 1870 y 1873, año de su muerte. Las historias y descripciones que contiene provienen principalmente de las visitas realizadas al país mapuche durante su juventud, en su larga estadía en Chile entre 1828 y 1842, y luego durante un viaje que realizó durante el año 1863, a la ocasión de una visita excepcional a Chile.

Estos textos no solamente ilustran bien el tipo de “etnografía” que realizó el naturalista, caracterizada por una combinación de informaciones observadas directamente y otras obtenidas de testimonios de informantes indígenas y chilenos de La Araucanía y La Frontera, sino también el tipo de pensamiento y de ciencia naturalista ejercida por Claudio Gay. *Usos y costumbres...* se caracteriza principalmente por la gran cantidad de información descriptiva sobre la vida y la historia de la sociedad mapuche del siglo XIX, y es la principal fuente de valor del documento. Esas informaciones costumbristas, propiamente etnográficas, están ausentes en otras fuentes documentales de la época, tales como las de misioneros, militares y un periodismo extremadamente ideológico y agresivo que comienza a perfilarse en la década de 1840.

escrituras americanas

Vol. 4 No. 1/2, año 2020 / PP. 354-384

ISSN: 0719-3416

Pero también están las explicaciones más generales que acompañan estas descripciones y que provienen de lo que podríamos llamar su “teoría de la civilización”, que, desde luego, a diferencia de los datos etnográficos, pueden ser legítimamente consideradas obsoletas. Compatible con su cultura católica, en pocas palabras, Gay plantea que Dios creó a los seres humanos en los orígenes del tiempo y que estos se fueron desplazando por el planeta y manteniendo su carácter primitivo, con excepción de las sociedades europeas, que habrían progresado hacia modos de vida más racionales, más productivos, con mayor tecnología, mayor consciencia moral y mejor gusto estético.

Esta definición del horizonte humano lo acerca sin duda al pensamiento dominante de la época y a los autores que más se han expresado sobre el progreso cultural en América latina—Diego Barros Arana, Domingo Sarmiento, Benjamín Vicuña Mackenna, y otros ideólogos de la (segunda) colonización del territorio mapuche—, con la importante diferencia de que en vez de ubicar a la barbarie del lado indígena (en una escala desde la barbarie hacia la civilización; transformación en la que los indígenas deben dejar de ser indígenas para ser civilizados), Gay la pone del lado de los civilizados: la barbarie no sería un rasgo atávico de una especie de animalidad anterior al Hombre, sino una degradación del propio proceso de civilización, una perversión de los malos instintos intrínsecos a la naturaleza humana, compartidos por todos los pueblos, pero llevados a extremos de sofisticación. Es un tema recurrente en su pensamiento que el progreso de la razón y el progreso de la moral no marchan por el mismo camino ni al mismo ritmo, y que la primera puede, de algún modo, perfeccionar y amplificar el mal y las pulsiones destructivas e inmorales. Buensalvajista y cristiano, Gay considera que los vicios de la sociedad mapuche provienen del exterior, de los “malos chilenos”, expresión que repite a lo largo de su libro para referirse a los llamados “colonos espontáneos” que se fueron colando desde 1840 por la costa y por la actual provincia del Malleco y que consolidaron luego sus posesiones gracias a la entrada del ejército y la (re-) fundación

del fuerte de Angol en 1862. Estos agentes, son vistos como auténticos vectores de transmisión de crueldades, engaños y muchas otras malas prácticas.

Si nos desviamos un poco de nuestro objeto, es con el propósito de afirmar que, para Gay, la brujería y la adivinación son prácticas “atrasadas” o arcaicas, pero en ningún caso restos de barbarie, y que incluso reconoce en ellas cierta eficacia en sus fines prácticos (perjudicar, sanar, diagnosticar, identificar el origen de un mal), al punto de preguntarse por las causas de estos fenómenos mágicos, ya “conocidos” por la ciencia, pero no resueltos mediante explicaciones, sino despachados a dimensiones no científicas, como el magnetismo animal o la hipnosis. En esa época los comportamientos europeos comparables a los comportamientos chamánicos indígenas eran reducidos a la fisiología, disciplina dedicada a entender cómo los estados corporales determinan a los mentales, cuestión que el naturalista no acepta tan fácilmente. Citamos en extenso las palabras de cierre del capítulo dedicado a la religión, pues exponen las categorías de su cultura científica y que usa para entender estos fenómenos:

El sonambulismo tiene mucha responsabilidad en estos sucesos, que pueden ser explicados por las afecciones del éxtasis, de la catalepsia y de otras enfermedades nerviosas, como lo han demostrado fisiólogos muy eminentes, sobre todo Alfred Maury [*Le sommeil et les rêves*, 1861], que ha hecho un estudio muy científico de estos fenómenos desde el punto de vista de la fisiología y la psicología. En medio de sus delirios, estos magos [*lligua* y *machi*] se libran en efecto a actos extremadamente agitados, y caen en un estado vertiginoso que es sobreexcitado por el ruido de los instrumentos, gritos y exclamaciones de la multitud, por la influencia probablemente

simpática de los ayudantes y por las fuertes bebidas que ingieren.

Estos agentes deben necesariamente estremecer su cerebro, disminuir su sensibilidad nerviosa y poner a sus almas en disposición para ensoñaciones que, dirigidas en un solo objeto de pensamiento, excluyen en ese momento cualquier otra función intelectual. No es extraño, entonces, que una impresión tan fuerte en un solo punto del cerebro lleve a los adivinos obtener una mayor lucidez y clarividencia, y a hablar su lengua con facilidad y hasta elocuencia, lo que les ha valido el nombre de *dugul* o buen hablador.

Sin embargo, cuando reflexionamos sobre las cosas extraordinarias que autores muy concienzudos nos informan sobre algunos sonámbulos, como sacerdotes que en estado de sueño han escrito —y hasta corregido, tachando ciertos párrafos— elegantes sermones, o profesores de dibujo que ejecutan hermosos modelos para sus alumnos, u otros que componen versos, prosa o música, o incluso criados que hablan lenguas que nunca han aprendido. Con tantas cosas sorprendentes y casi inimaginables que produce la histeria, cabe preguntarse si lo sobrenatural — que ni los espiritualistas, ni incluso Pierre Bayle, negaron expresamente— no sería un simple efecto de la costumbre de la imaginación o de la inmensa memoria que produce la catalepsia.¹

El primero de los extractos seleccionados para el presente número de *Escrituras Americanas, Testimonios de Salazar y de Zúñiga*, proviene de Religión, capítulo dedicado a describir los seres invisibles que pueblan el mundo mapuche y los medios

1 Gay, Claudio. *Usos y costumbres de los Araucanos*. Santiago de Chile: Taurus, 2018 [1873], cap. "Religión", pp.276-277.

por los cuales los humanos entran en contacto con ellos: objetos mágicos, rituales o eventos de la naturaleza entre otras *casualidades* significativas. Allí Gay define a grandes rasgos lo que son los magos –o más bien las magas, pues se trata principalmente de funciones sociales realizadas por mujeres u hombres afeminados– haciendo una distinción entre las *lligua*, encargadas de la adivinación, y las *machi*, encargadas de la sanación o la contra-hechicería, pero que también tienen poderes divinatorios (es capaz de realizar, dice, “operaciones de doble visión, con el fin de ver al interior del cuerpo, pues su mirada es capaz de atravesar hasta los cuerpos más opacos.”).²

La primera historia que ilustra la práctica de estos magos le fue narrada a Gay por el comandante chileno Salazar, quien fue a consultar a la prestigiosa *lligua* Ñanquirei de Tucapel para conocer la razón del retraso de una patrulla que había enviado a cumplir una misión. En este caso, la adivina relata el conocimiento de un hecho distante en el espacio y simultáneo en el tiempo, por medio del envío de un mensajero espiritual en situación de transe o, como dice Gay, de “catalepsia”. El veredicto de esta operación, se demostrará correcto: los soldados pudieron verificar que el destino de sus compañeros era el que había sido comunicado por la vidente.

El segundo ejemplo, advierte Gay, “tuvo un resultado bastante diferente”. Le fue narrado por un protagonista, José Antonio Zúñiga, uno de los informantes principales de *Usos y costumbres...*, también conocido por los mapuche con el nombre de Neculpan. En esta oportunidad, el adivino –cuyos nombre y origen desconocemos– fue solicitado para conocer una realidad futura: los resultados de un proyecto de malón. El relato muestra la dimensión específicamente profética de la adivinación: no se trata de ver lejos en el espacio, sino de ver adelante en el tiempo, según el resultado de ciertas pruebas. En esta ocasión, el veredicto *casi* se cumplió, debido a un error de interpretación de los signos o eventos que serán objeto de controversia entre

2 Ibid. p.290.

los participantes, según la explicación que sugiere el testigo, y que ha de ser tomada en un sentido retrospectivo. Este segundo episodio de adivinación (fallida) nos muestra una dimensión peligrosa de la magia. La diferencia entre el juez y la víctima es casi una diferencia de grado, y el segundo se convierte en el primero si la profecía no se cumple.

El segundo extracto, *Brujos y maleficios*, ofrece una descripción general de “los brujos” (*kalku*), de sus operaciones, de su poder y del carácter potencialmente criminal de su actividad, como queda ejemplificado en el tercer extracto, con la historia de una mujer, cuyo nombre desconocemos, que murió súbitamente producto de un embrujo —*La muerte de la esposa del cacique Inal*— que debe ser leída con muchas precauciones. La historia está narrada en el capítulo dedicado a la Justicia, a modo de ejemplo de un proceso judicial que se aplicaría a este tipo de delitos, a saber la muerte por medio de un hechizo. Estos serían diferentes de “los crímenes de poca importancia, que pueden ser compensados con penas pecuniarias”, como los robos, descritos en las páginas anteriores. La brujería, junto con las traiciones, los asesinatos y los adulterios son faltas de una categoría superior y “exigen una penalización más severa, aunque en ocasiones puedan ser resueltas mediante composición”.³

El antagonismo entre brujería y adivinación en este dinámico relato, alcanza su paroxismo con los roles del juez adivino y la bruja delincuente.

Para esclarecer las causas de esta muerte, el cacique Inal da inicio a un peritaje de varias etapas. En primer lugar, solicita una autopsia, realizada por el *cupove* (cirujano) de nombre Curilevu, para conocer la causa física de la muerte, en lo que nos concierne el envenenamiento. Indignado, Inal pone a cargo de la investigación en un hombre de confianza, “el delegado Nahuelhuala”, quien supervisará y dará fe de las tareas que vendrán a continuación. Las evidencias extraídas del cuerpo de la difunta fueron reunidas en una vasija con otras prendas

3 Ibid. “Justicia”, p. 134.

personales, descritas cuidadosamente por Gay. Solo enseguida aparece en escena el rol de adivino, el famoso Ñamquil, también de Tucapel, que consiste en identificar al autor de la muerte, el *vehículo* del mal, por medio de una conversación con el alma de la víctima, que todavía no consigue irse al país de los muertos y cuya voz proviene de las evidencias contenidas en la vasija. El veredicto será transmitido finalmente por Nahuelhuala al cacique Inal, ante la multitud, que forzará violentamente a la acusada, Yanquithral, a denunciar a la verdadera culpable del asesinato.

Como las predicciones de Ñanquirei relatadas por Salazar, los procedimientos para conocer las causas de la muerte de la esposa del cacique se demostrarán correctas: tanto la causa de muerte (por parte del cupove Curilemu) como la identificación de su autor material (por parte del adivino Ñamquil) fueron confirmadas por los hechos posteriores.

El cuarto extracto, *El machitún*, es un testimonio directo de Claudio Gay de uno de sus viajes por la zona de Valdivia en mayo de 1836, y nos muestra elementos subjetivos del autor, como su inquieta y recatada personalidad, y el sentido del deber científico que caracteriza a los naturalistas viajeros de su tiempo. Gay pudo observar un ritual de sanación efectuado por una machi, en términos de Gay, un ejemplar de los “magos” dedicados a la salud, y cuyo campo de adivinación sería otro que el de los *lligua* presentados por Zúñiga y Salazar. En las primeras líneas del capítulo Medicina y Adivinos, señala que las machi son “médicos tanto del cuerpo como del alma”: “hechiceros para conjurar y exorcizar los males, y adivinos para dar a conocer a quien los produce”.⁴ Es aquí que se despliegan mayormente sus explicaciones científicas, arcaicas y quizá rebuscadas, pero no carentes de una riqueza intelectual creativa, relativas a los estados fisiológicos alterados y el campo, casi siempre desdeñado por la ciencia, de los fenómenos paranormales.

4 Ibid., p. 274.

Son muchos y diversos los hilos que podemos enhebrar camino a la comprensión de los fenómenos chamánicos descritos por Claudio Gay. Y desde luego nada muy interesante puede decirse sobre la realidad espiritual mapuche si no confrontamos los relatos de esos fenómenos con otros testimonios, de esa y otras épocas.

Sin embargo, tanto a lectoras como a lectores saltará a la mente la pregunta por las relaciones de fuerza entre hombres y mujeres en la sociedad mapuche *percibida* por Gay, así como la dificultad intrínseca de comprender estos saberes y oficios a la vez especializados y (pero) necesariamente indiferenciados, en el sentido de abrir brechas y perforaciones en las fronteras comunes experimentadas durante la vida normal. La brujería y la adivinación solo existen si se logra atravesar más allá de lo directamente visible y de las formas estables, al espacio compartido por los vivos y los muertos. El conjunto de *Usos y costumbres de los araucanos* deja a entender que las almas, espíritus y demás seres invisibles o mutantes (*huecufe*) no tienen necesariamente un sexo establecido, y por lo tanto su comunicación con ellos requeriría la indistinción sexual del interlocutor o intérprete. Ante ese campo de interrogantes sobre los significados y efectos rituales, y las descripciones de lo que vulgarmente podríamos llamar un “travestismo mágico” (caricatura con la que se han quedado algunos intelectuales, cientistas, anticharlatanistas y/u homofóbicos), pueden ser piezas iniciales de un puzle que las ciencias médicas y fisiológicas del siglo XX han decidido, mayoritariamente, evitar completar. Un rechazo, hay que decirlo, más cerrado y hostil que el de las ciencias del siglo XIX.

**Extractos de *Usos y costumbres de los Araucanos* (1873)
Claudio Gay
(Draguignan, 1800 – Flayosc, 1973)**

Al ser un libro editado póstumamente, contiene algunas “terminaciones” que por razones obvias no pudieron ser resueltas con el autor. Ciertas palabras ilegibles, espacios en blanco en medio de una frase o ambigüedades en la redacción han sido indicadas entre [corchetes]. Al pie de página, las notas del autor (NdA) son aquellas que fueron insertadas por Claudio Gay en sus manuscritos. Las notas del editor (NdE) provienen del aparato crítico de la edición publicada por Taurus en Santiago de Chile el año 2018, y han sido adaptadas para esta revista. La transcripción y transliteración de palabras en mapudungun se han mantenido según el manuscrito original.

Testimonios de Salazar y de Zúñiga⁵

Los magos son al mismo tiempo profetas y médicos, y están de hecho divididos en dos clases que se confunden en el ejercicio de su ministerio. Están los *machis*, que se encargan principalmente de la medicina augural, cuando los medicamentos suministrados se muestran impotentes, y los *llignas* [*lliguas*], adivinos consultados para asuntos de gran importancia, como predecir los resultados de una guerra, ya sea como proyecto o en curso, o, como sucede a menudo, para llegar a conocer al brujo autor de un maleficio. Estos últimos, llamados también *quin-llun* y *dugul* por su ciencia y su verbosidad, fueron en tiempos pasados verdaderos especialistas, y utilizaban palabras significativas propias de su profesión. Era el caso también de los astró-

5 Ibid., en cap. “Religión”, pp. 265-273.

logos, *gen-huenu*, de los encargados de hacer desaparecer las epidemias, *gen-pùnu*, y de los encargados de capturar lombrices, ratones y cuncunas, entre otros animales dañinos, *gen-piru* (singular concordancia con las rogaciones y excomuniones que practican los católicos en las mismas circunstancias).

Los adivinos cumplen su deber con gran espíritu de convicción y no conforman una casta separada. Sus funciones no son en absoluto sacerdotales: son una profesión remunerada y cualquier persona que se crea inspirada por el don de la profecía tiene derecho a ejercerla, sin necesidad de noviciado ni de estudios orales o prácticos, ni tampoco pruebas de iniciación, como las tenían que pasar los griegos y los romanos. Como el éxtasis es una condición esencial de su profesión, las mujeres son mucho más aptas —por su organización nerviosa, fuertemente impresionable— y gozan consecuentemente de mayor crédito. Hay, sin embargo, hombres que gracias a un largo ejercicio han desarrollado esta fuerza de sensibilidad y gozan de estos privilegios, y entonces al ejercer su profesión el rol de su sexo cambia completamente. Viven frecuentemente solos y casi no frecuentan la sociedad de los hombres, pues prefieren la de las mujeres, de quienes adoptan vestimenta —siempre de color rojo, como los antiguos augures de Roma—, y ornamentos, collares, brazaletes y aretes. Con una mirada sombría y desdenosa, narran de manera evasiva y con aires inspirados todo lo que el delirio les hace concebir, buscando persuadir a sus ingenuos compatriotas.

Para dar una mejor idea de sus ceremonias, describiré dos de ellas, que me fueron relatadas por los comandantes Salazar^{6*} y Zúñiga.

6 NdE: Podría tratarse de Luis Salazar, mayor de ejército patriota que peleó bajo las órdenes de Andrés Alcázar en contra de la alianza hispano-mapuche por la restauración de la Frontera (Fernando Pairicán, *Toqui*, Santiago: Pehuén, 2020). José Antonio Zúñiga fue uno de los líderes de las montoneras realistas que se pasó al bando chileno en 1832, ante la inminente derrota de España. Fue Comisario de Naciones desde hasta su muerte, ocurrida en la insurrección penquista de 1851, y

En 1822 acampaba con mis indios —cuenta el primero— en los alrededores de Purén, cuando los de la costa, bajo la conducción de Pichinan, vinieron a raptar nuestros caballos y nuestros bueyes. Para el cacique Huayquicheu y su capitán de guerra Meliñancu, este audaz robo fue el presagio de una gran desgracia, y para cerciorarse, fueron a consultar a un adivino. En esta época la *lligua* Ñanquirei gozaba de gran reputación, y a ella fueron a buscar para la ceremonia.

Cuando llegó al lugar de la ceremonia, hizo que se plantara un *voighe* [canelo], que fue rodeado por siete lanzas y amarrado a un cordero de negro pelaje. Los ayudantes de la *lligua* se acercaron al cordero y le arrancaron el corazón para llevárselo, y otros le cortaron las orejas, que lanzaron sobre el árbol en medio de los estruendosos ruidos de los asistentes; algunos tocaban su *pifilca* y otros instrumentos, otros llenaban el aire con su grito de excitación *ya, ya, ya*.

Mientras duraba el alboroto, Ñanquirei daba vueltas alrededor del *voighe* tocando su tambor, silbando, bailando, dejándose llevar por mil contorsiones, hasta succionar finalmente el corazón de la víctima y rociar con su sangre el árbol, lanzándola con la boca. De vez en cuando bebía la infusión del *voighe* y masticaba sus hojas. Cuando sus sentidos parecían debilitarse y se mostraba aturdida, su asistente le gritaba que no perdiera coraje, que no tuviera temor y que interrogara a *buchahuinca* con confianza.

Gracias a esta excitación activa, la *lligua* recobró fuerzas, trepó un poco el *voighe* y bajó para seguir tocando tambor alrededor del árbol. Luego lo trepó nuevamente y repitió de manera metódica estas subidas y bajadas, hasta encaramarse finalmente a la copa del árbol. En medio de estos ejercicios, los asistentes soltaban grandes gritos, sobre todo cuando ella sacudía el árbol con toda su fuerza y lo embetunaba con la sangre del corazón del cordero, que todavía tenía en la mano.

uno de los principales informantes de Claudio Gay, a quien frecuentó en 1838 y con quien recorrió la zona de Nacimiento (Iván Inostroza, *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Santiago: Dibam, 1997).

Una vez terminada esta ceremonia, Ñanquirei descendió y dio unas vueltas más con el arrebató de una *ruinenide* [sic], bebió más infusión y cayó al suelo agarrada por su auxiliar, ebria y abatida por la bebida y los excesos de aquellos rudos ejercicios. Su cuerpo entró en convulsiones, y antes de que perdiera todas sus fuerzas y se sumergiera en un sueño prolongado, las mujeres la trajeron de regreso tirándola de las piernas, los brazos y los dedos, al tiempo que la auxiliar le echaba agua de *voighe* en la cabeza con la boca, como una especie de purificación bautismal, sin que esto afectara mínimamente la sensibilidad de la *lligua*.

Poco después, empezó a hablar de manera entrecortada y, mientras recobraba plenamente su razón, contó que en efecto los indios de la costa estaban preparando un gran malón para el día siguiente, así que tenían que prepararse para resistir el ataque sin miedo, porque serían vencedores.

Para estar más seguros de esta profecía, volvieron a hacer la ceremonia, que resultó tan concluyente como la primera: el resultado sería favorable a los indios de Salazar, que solamente tuvieron que lamentar la muerte de Millan —hermano de Colipi—, entre las personas de rango. Otra vez, el mismo Salazar, preocupado por un mensajero y unos soldados que envió como avanzada que no regresaban, fue animado por los indios a consultar a una maga que vivía en los alrededores. Tan crédulo como sus compañeros de la presciencia de estos adivinos, la mandó a buscar; la purificación se hizo no solo por medio de rociamiento con agua de *voighe* sino con fumigaciones de hojas de hinojo que una auxiliar soplabá sobre su cara. Estos fuertes olores actuaron rápidamente en su cerebro, alterando cada vez más su imaginación, tanto más cuanto ella misma fumaba esas hojas en unas pipas y lanzaba bocanadas sobre el *voighe*, hasta llegar a un estado de postración cercano a la embriaguez.

En ese momento, fue interpelada sobre la suerte del mensajero. Su respuesta fue que, durante el éxtasis, ella también envió un mensajero (*huerquen*) a encontrarse con el del enemigo, quien le informó que el mensajero de Salazar se encontraba en camino para anunciarle, además de los resul-

tados de su misión, que todos sus compañeros habían sido asesinados en las montañas de Nahuelbuta. Siguiendo los consejos de la profetiza, Salazar envió a algunos soldados dirigidos por un teniente a esas montañas y a los campos de Guadaba, donde encontraron solo al mensajero: sus compañeros estaban muertos, como había dicho la adivina.

La ceremonia que me fue contada por Zúñiga tuvo un resultado bastante diferente. En una excursión que él hizo en las Pampas para atacar a los patriotas, el cacique que lo acompañaba quiso asegurarse del destino de la expedición. Se encontraban al borde del lago de Bayhanca, donde a falta de *voighe* plantaron doce lanzas amarradas unas a otras, como un manojo.

El *quillun* o adivino estaba vestido de mujer y se despojó de sus chaquiras y otros ornamentos, dio vueltas alrededor de las lazas y llamó al *ñendungu* (jefe) a que se le acercara, le habló muy despacio para que nadie lo oyera y ordenó enseguida a Neculpan (Zúñiga) que hiciera sonar las trompetas y *pifilca*. Inmediatamente después, trepó varias veces el conjunto de lanzas con una rapidez extraordinaria, lo que alternó con carreras alrededor, agitando los brazos de cualquier manera y dando a su rostro expresiones satánicas. Al descenso de su última ejecución, con la que llegó hasta la cima de las lanzas, su ayudante y el *ñendungu* se le acercaron y preguntaron por los resultados de sus inspiraciones. Ellos le hablaron en voz alta, pero el adivino respondió con voz femenina y baja que saldrían vencedores.

El anuncio fue recibido con grandes gritos de alegría de los asistentes, que hicieron retumbar el aire al son del *ya, ya, ya* que usan en esas circunstancias. Cuando volvieron a la calma, le preguntaron si la batalla sería sangrienta, a lo que respondió: “ninguno de nuestro bando morirá”, y agregó, mostrándoles unos pedazos de vestimenta: “¿No ven que estos son los harapos de los cristianos, que el que está ensangrentado es una de sus camisas y que el barro que tengo acá en mi mano es la baba de los bueyes, las vacas y caballos que ustedes van a quitarles?”.

La manera sentenciosa de hablar y la arrogante seguridad que imprimía en su lenguaje entusiasmaron a todos los soldados, que siguieron pronunciando gritos de regocijo. Y con esta esperanza de éxito, reemprendieron su ruta. Pero pronto fueron alarmados: una mañana, muchas de las lanzas que habían plantado en fila estaban en el suelo, y, a la mañana siguiente, sus caballos estaban tan inquietos que huyeron y tuvieron que ir a atraparlos a más de tres leguas del lugar. Estos valientes hombres vieron allí dos señales de mal augurio, y varios ya no quisieron continuar la marcha. Con la intención de devolverles el ánimo, el jefe trajo al adivino para que su presciencia explicara lo que acababa de ocurrir y, luego de unos momentos de recogimiento y evocación, respondió con tono profético que la caída de las lanzas se debía al viento y que los caballos habían huido de unos guanacos asustadizos. Fue invitado a hacer la prueba nuevamente, y los resultados fueron los mismos que la vez anterior.

Seguro de sí mismo, este pequeño ejército continuó su ruta, avanzando con confianza y hasta con temeridad. Tres días después, en medio de la noche, cayeron por sorpresa sobre el campo donde sus enemigos tenían los rebaños y se llevaron una buena cantidad de vacas y bueyes. Era este un comienzo muy favorable, y coincidía de maravilla con las previsiones del adivino, pero desgraciadamente no sospecharon lo suficiente de la actividad de los patriotas, que no demoraron en ir a atraparlos. Armados con dos piezas de artillería de campaña, abrieron un terrible fuego sobre ellos y mataron a un buen número de guerreros. En ese momento, en que solo había confusión, se escaparon cabeza gacha, algunos gritando por el dolor y otros por la suerte de sus hermanos, padres o algún pariente. Exasperados, fueron a buscar al adivino, a quien habrían descuerado vivo si no fuera que, por prudencia, ya se había escapado a otra tribu.

Brujos y maleficios⁷

Aparte de las supersticiones que acabamos presentar de manera simple, los araucanos están subordinados a una multitud de prejuicios recibidos de la tradición y conservados y perpetuados por la ignorancia, como también se conservan y perpetúan en nuestras sociedades. El menor crujido de madera en el fuego tiene un significado, como por ejemplo la venida de un huésped, o el acercamiento de un torbellino cerca de la casa, un ataque enemigo, o un silbido en el oído, alguien que habla mal de ellos, o la caída de un diente, la muerte próxima de algún pariente, y si un trozo de comida cae mientras el comensal lo lleva a la boca, es un buen amigo que se acuerda de él. Al igual que en el tiempo de la Conquista, las penas que padecen son provocadas por el espíritu del mal cuyo nombre genérico es *huecuvu*, que engendra la enfermedad, desata las tormentas, desborda los ríos, apesta los cultivos, devora a los pescados de los lagos y los ríos cuando son escasos, agota a los caballos en sus largas carreras y engendra todos los males que podrían sufrir los araucanos. De este modo, personas de todas las clases siguen creyendo en historias demoníacas como artículo de fe, que antaño eran aceptadas tan universalmente que se pensaba que la brujería era una ley general de la humanidad, vale decir, un don instintivo de la naturaleza.

Según dicen, estos *calcu* o brujos —que están en relación con los espíritus de las tinieblas, principalmente con el *huecuvu*— solamente salen de noche. De día, viven en sus *reñu*, “cavernas de brujos”, algunas de las cuales están ubicadas en Pitocun, Chodno, Pichol y entre los ríos de Malalgue et Chalca. Allí dan curso a sus *sabbats*, en medio de sus discípulos, a quienes hacen chupar sangre de un animal que antes era un *chilihueque* y que hoy ha sido remplazado por otras especies.

7 Gay, *ibid.*, cap. “Religión”, pp. 256-260.

Estos discípulos son llamados *jdumche oghuñunche*, “hombres pájaro”, porque salen de noche bajo la forma de búhos y lechuzas para disparar a sus víctimas flechas invisibles. A estas amarran los objetos que encarnan al dios *huecuvu* y que penetran el cuerpo de la víctima para ocasionar su muerte, a menos que algún *machi* habilidoso consiga retirarlos por medio de succión. [...] Estos discípulos también preparan polvos compuestos con reptiles y otros animales inmundos para producir una especie de veneno que dan a las personas, volviéndolas cómplices involuntarias de infernales diabluras. Son ellos quienes echan este polvo en la comida o, más a menudo, en las bebidas destinadas al individuo al que se quiere lanzar un hechizo o maleficio.

Estos maleficios, que desde siempre han tenido un rol en la credulidad humana, siguen siendo para los araucanos un tema de aprehensiones y dan lugar a venganzas terribles. A menos que se produzca por vejez o por algún accidente grave, la muerte para ellos nunca es natural, sino que es el efecto de algún sortilegio sobre el paciente, y lo primero que se hace es llamar a un adivino para conocer al autor.

A pesar de todo lo que hicieron los misioneros para conducirlos a mejores ideas, sus esfuerzos fueron siempre infructuosos. Hoy, al igual que en tiempos de la Conquista, las creencias de los araucanos siguen luchando con la misma energía contra la invasión de la civilización y la acción absorbente del cristianismo.

Es comprensible que, con tales prejuicios y la creencia en todas estas supersticiones, los espantosos fenómenos de la naturaleza sean objeto de temor y les causen fuertes impresiones, lo que representa el primer grado de la superstición humana. Los terremotos, tan frecuentes, han debido inspirarles gran terror desde siempre, y como siempre es el *huecuvu* quien los determina con sus bruscas sacudidas. Consideran los temblores como una señal de levantamiento o de fuerte catástrofe y, así como el diluvio fue producido por uno de estos fenómenos y que la familia primitiva pudo salvarse subiendo hasta la cumbre de

una montaña, los indios de la costa hacían lo mismo en épocas pasadas. Otros, al tiempo que imploran al gran Antucherove, buscan intimidar al *huecuvu*: mujeres y hombres salen de sus chozas; las primeras lanzan al aire puñados de ceniza —así como los australianos lanzan escupos— y los segundos lo hacen armados de cuchillos, lanzas o tizones ardiendo, que agitan para desafiar al *huecuvu*, al que insultan de diversas maneras, para implorar luego protección y piedad al Anticherove. También lo provocan con insultos y amenazas cuando ocurre la erupción de un volcán, lo cual anuncia un próximo levantamiento.⁸

Los volcanes son para ellos montañas sagradas, no tanto porque vean en ellos la boca del infierno —para el que los misioneros inventaron la palabra *cuthalmapu*, “país de fuego”— sino porque lo creen habitado por caciques malvados e irritados. Les tienen un respeto tan grande que no se atreverían nunca a escalarlos, porque se enojan cuando uno se acerca a ellos y abren las esclusas echando a correr los vientos y las tempestades. Cuando en 1839 ascendí el de Antuco, mi guía principal— que por vivir muchos años en la Araucanía se había vuelto casi indio y adquirido todos los prejuicios del país—, no quiso de ninguna manera acompañarme, con el pretexto de que tendríamos que padecer todo tipo de perturbaciones atmosféricas: “He acampado con los indios en estos parajes y todas las veces que, por fantasía, intentamos subirlo, inmediatamente fuimos interrumpidos por grandes tormentas”.

Pero, quisiéralo o no, estuvo obligado a subir con nosotros, y por un singular azar nos tocó de noche un tiempo extremadamente proceloso, lo que no hizo más que fortalecer su absurda credulidad y terminó con una fe mayor a la que tenía al momento del ascenso, cuando el tiempo estaba admirablemente hermoso y despejado.

A pesar de todas las ordenanzas y todo lo que han hecho los misioneros para esclarecer su razón y su juicio, todavía tienen

8 NdA: A la ocasión de un terremoto en 1685, en Canadá, los indios dispararon sus flechas contra la tierra en convulsiones. Estaban convencidos de que los genios malignos hacían erupción para apoderarse de sus terrenos.

una fe tan grande en los adivinos encargados de descubrir a quienes comercian con el espíritu de las tinieblas, que los acusados terminan por creer que son realmente brujos, o al menos lo declaran para ahorrarse los dolores y tormentos a los que son sometidos para que confiesen su culpabilidad y delaten a sus cómplices. Personas de todo sexo y edad son acusadas, pero principalmente los más jóvenes, e incluso los que son amamantados, y si, el adivino declara como autor del maleficio a personas en edad de razonar, se trata siempre de algún enemigo o un individuo de clase baja, pero nunca un español, porque son, según dicen, demasiado poco inteligentes para llegar a convertirse en brujos.

Lllaman *levuntun* a la reunión de todos los brujos a caballo, y a las localidades donde se hacen estas reuniones, *reue*. No he visto reuniones de brujos, pero cuando se atrapa a uno, se lo atormenta para que confiese adónde está el *reue*, y me dijeron que en Pichol, entre el río Malalhue y el río Chacay, existe uno. Cuando una sentencia a muerte es pronunciada contra un supuesto culpable, o a veces contra varios, la muerte de un individuo siempre arrastra a varios otros, sobre todo si se trata de un cacique o *ulmen*. Para poner remedio a esta fatal calamidad no faltan expedientes. En parlamento de 1803, en el que remplazó al gobernador Luis Muñoz de Guzmán, el brigadier Pedro Quijada logró conseguir que los individuos declarados brujos por sus adivinos fueran llevados a los comandantes de la frontera, quienes no solo sabrían propinarles un severo castigo, sino que también recompensarían al hombre que los entregara.⁹ Así, algunos comerciantes llegaron hacerse de ellos, diciendo que sabrían volverlos más desgraciados, pues “la muerte es demasiado suave para semejantes criminales”, decían. Con esos trucos se ha podido salvar la vida de un buen número de inocentes, pero muy pocos en comparación con las víctimas de esta bárbara superstición y error, principalmente los niños.

9 NdE: Parlamento de Negrete, el último parlamento colonial entre españoles y mapuches.

La muerte de la esposa de Inal¹⁰

Para dar una idea más exacta de la forma augural y jurídica de este tipo de delitos, copiaremos aquí lo que me contó Cayulan sobre una de las mujeres del famoso Inal.

Inal era cacique de Cholchol, hombre de alta distinción y señor de varias otras tribus. Tres de sus mujeres dieron a luz casi al mismo tiempo, y la mayor de ellas enfermó y murió, luego de tres días de *machitún*. Sus parientes, al ser informados, se precipitaron al lugar para ofrecer sus condolencias al marido y averiguar la causa y el autor de la muerte. Los principales caciques y *ulmenes* de las tribus vecinas fueron entonces convocados, y en la reunión se decidió que un hábil *cupove* abriera el cuerpo.

Se encargó de ello Curilemu, quien fue a buscar el más augural de los órganos —a saber, el hígado— del cual extirpó la bolsa de bilis. Observándola contra los rayos del sol, distinguió unos granos, que interpretó como la prueba de que la muerte se debía a un veneno bebido de un vaso de cerveza de maíz y manzanas.

Concluidas esas verificaciones, se decidió ir a consultar a un adivino para identificar a los autores del envenenamiento. Al no ser posible trasladar el cuerpo, lo ubicaron en un catre de coligüe de unos siete u ocho metros de altura, después de rasparle la lengua, sacarle trozos de las uñas de los pies y las manos y algunas pestañas. Todos estos objetos, acompañados de la bilis y de la lana con la que le lavaron los ojos, fueron guardados en una vasija cuidadosamente cerrada, para que nadie los tocara hasta que fueran llevados a Ñamquil, un adivino de Tucapel que gozaba por entonces de la mayor reputación.

El encargado de esta misión fue Nahuelhuala, que partió acompañado con varios *ulmenes* elegidos por los caciques como testigos de la operación. Al pasar por Lobcoyan, el cacique de allí, Paillahuala, fue informado de la misión y la comunicó a Colipi,

10 Ibid. cap. "Justicia", pp. 134-140.

quien reunió inmediatamente a sus ulmenes para decirles que el caso de la mujer de este importante cacique debía ser tratada con distinción. Todos estuvieron de acuerdo en que Paillahuala eligiera a uno de sus principales hombres para acompañar a la comitiva. Este fue el ayudante Llevul, quien de inmediato se puso a la cabeza de grupo, en representación del jefe de las tierras por las que estaban marchando.

Al llegar a Tucapel, su primera atención fue presentar al adivino un caballo ensillado y equipado, una manta roja, unos collares de baratija [abalorio], unas libras de añil y otros objetos que por costumbre se entregan como honorarios a un adivino. El adivino le preguntó en secreto la razón de su venida, y Llebul le respondió que una de las mujeres del gran Inal murió envenenada, y que venían a consultarlo sobre el autor de este embrujo y que traían estos presentes para animarlo en su oficio. Ñamquil aceptó los presentes y pidió la vasija, que le fue entregada en presencia de los testigos.

La ceremonia tendría lugar por la tarde. El adivino reunió a todas las personas delante de la casa, mientras permanecía en la sala escondido tras un poncho que usaba como cortina, a poca distancia de una mesa sobre la que se encontraba la vasija alumbrada por un pequeño farol. Antes de empezar, hizo entrar a tres de los principales testigos, que tomaron asiento junto al muro, mientras los que estaban afuera miraban a través de agujeros que ellos mismos habían hecho en las paredes de la cabaña para saber lo que ocurriría y poder oír lo que se decía.

En ese momento, Ñamquil apareció vestido de rojo como un verdadero mago, su rostro pintado estaba cubierto por un pañuelo, y su cabeza, por una gorra de particular forma. Su atuendo, que estaba cubierto de collares y del que colgaban dedales y cascabeles, le hacía parecer más a una mujer que a un hombre. Después de algunas invocaciones en voz baja, salió de la sala y se dirigió hasta un *voighe* que había afuera y que tenía a un cordero negro amarado. Mucha gente estaba allí reunida corriendo y bailando al ritmo de sus instrumentos, generando con sus gritos un bullicio espantoso, mientras el adivino tocaba

el tambor agitando su fisionomía con expresiones y gesticulaciones de las más grotescas. Después de subirse al árbol sagrado, que sacudió con fuerza, descendió para sacrificar al cordero, cuya sangre recibió en la mano para lanzarla al árbol y al cielo.

En medio de todas estas evoluciones que ejecutaba con el fin de obtener la inspiración suficiente para hacer hablar al pote [vasija], masticó las hojas del *voighe* y bebió su infusión, y su cerebro, embriagado por esta bebida excitante, habría colapsado a no ser por sus ayudantes, que lo llevaron de vuelta a la sala y lo recostaron sobre la mesa. Su cuerpo, debilitado, permaneció en ese estado de catalepsia que los ayudantes buscan controlar murmurándole al oído, o gritándole, que no se deje aturdir y que conserve su valentía, inundándolo con el humo del hinojo y celebrando su habilidad en la profesión de profeta y adivino.

Durante la catalepsia, su cuerpo se entregó por completo a desordenados movimientos, sus miembros se crispaban, su figura se volvía horrible, hasta que entró a un estado semi-despierto. Su boca produjo entonces un sonido convulsivo, similar al hipo, se puso a cantar unas palabras entre dientes y le preguntó a la vasija si podía tener una conversación con ella, la cual me fue narrada por Cayulan, con ese espíritu de credulidad que reinara por mucho tiempo en estos pueblos:

Adivino: ¿Cuál es tu queja?

Vasija: No te puedo contar mis penas y mis sufrimientos porque estoy demasiado flaco y aniquilado¹¹ por todo lo que me han hecho.

A: ¿Cuáles son tus penas y sufrimientos?

V: Las personas y las mujeres de mi tribu me detestan.

A: ¿Cómo te encuentras y a qué dedicas tu tiempo?

11 * NdE: Por medio del hígado, habla el espíritu de la mujer, aunque Gay utilice el género masculino en su relato.

V: Me quitaron la vida y me tiraron al otro lado del mar, adonde voy a resucitar sin conocer el motivo de este odio.

A: Tú debes saber quiénes te aman y quiénes te detestan.

V: Son los criados de la casa los que me detestan, porque pretenden que me volví rica y orgullosa, y entonces, por envidia y celos, me dieron veneno en un vaso de chicha de maíz y de manzana. Ocurrió durante una gran fiesta en mi casa. Cuando todas las mujeres estaban sentadas fui a buscar un *metama* (jarra) de chicha, la entregué a una mujer, que a su vez la entregó a su hija, para recibir de ella un vaso de esta bebida, e hicimos un *llaupyo* (salud). Ella pidió a su hija otro vaso, que me pasó para que yo le devolviera el saludo, y ahí puso veneno. Apenas bebí me sentí envenenada. La enfermedad comenzó con dolores en el vientre y mi estómago se descompuso.

Y así, este vaso parlante contó miles de lamentos y terminó por decir el nombre de los brujos que pusieron veneno en la bebida que causó su muerte. Después de esta declaración, el adivino volvió a hacer sus ceremonias con el *voighe*, para darle las gracias por los resultados, y dijo a los emisarios y testigos todo lo que había ocurrido, para que transmitieran ese secreto a quienes los habían enviado para consultarlo.

De todas las estratagemas con que la impostura, bajo múltiples formas, se manifiesta, ¿no sería la ventriloquia el fondo de esta ciencia? Es lo que parece demostrar la viva fe de todas las personas que asistieron a la experiencia y que informaron de manera exacta a sus jefes. Como sea, la comitiva volvió ante Inal y, llena de convicción, narró lo que había visto. La detallada explicación se hizo en presencia de una asamblea, a la que fueron convocados Colipi y Paillahuala, comunicándoles que sabían todo y que reunirían muy pronto a hombres y mujeres

para oír las palabras de los testigos y castigar enseguida a los que fueran identificados como culpables. Estos dos caciques enviaron delegados a la reunión, que fue organizada por Inal.

Llebul habló primero, advirtiendo que el cometido que le dio Payllahuala había sido ejecutado punto por punto, que había visto los actos y oído las palabras de Ñamquil y que, por ordenes de su jefe y de Colipi, venía a transmitirle su satisfacción y que dejaba al delegado Nahuelhuala la tarea de contarle los demás detalles.

Denunciar a un brujo significa condenarlo a muerte, y es por tanto un asunto delicado para estas personas, cuyos sentimientos no están completamente desprovistos de mansedumbre. Nahuelhuala estaba en esa situación, y narró lo que acababa de ocurrir de manera incomoda, a pesar de que su ayudante lo animaba y le gritaba que llegara hasta el final de su relato, y no sin repugnancia decidió decir que había sido una criada de la casa quien la había hecho el maleficio.

Al escuchar esas últimas palabras, todas las criadas presentes se pusieron tristes y temblorosas, y, con la mayor preocupación, esperaron oír el nombre de la que sería sacrificada. Cuando Yanquithral, que solamente tenía unos veinte años, oyó su nombre, dejó caer el *cupultrue* (cuna) en el que estaba mamando su hijo y con las manos alzadas al cielo, exclamó *evuen votri coïla duerho tuva*, “pero Dios, no son más que mentiras”. Yanquithral, temblando y a medio morir, se acercó a su defensor y, bajo la promesa de dejarla vivir si decía lo que sabía sobre esta muerte, cometió la indignidad de acusar a su madre:

Estábamos en una fiesta dada en la casa de Inal cuando, siguiendo la costumbre de hacer los brindis, la difunta entregó una jarra a mi madre, quien me la pasó para que llenara un vaso que ella bebió a la salud de la difunta, y luego me pidió que llenara otro, que entregó a ella para que le devolviera el saludo por cortesía de reciprocidad, pero antes puso algo que tenía en la mano.

Esta acusación le salvaba la vida, pero ponía a la de su progenitora en un gran peligro. La madre, que había anticipado esta posibilidad con una emoción siniestra, se había escapado a la rinconada de Cholchol, a cuatro leguas de distancia de la reunión. Más de 100 indios se juntaron para perseguirla, conducidos por Nahuelhuala, quien bajó de su caballo al llegar y entró a la cabaña en que se escondía. Ella trató de defenderse con un *buthre* (colion [sic] sarmentoso que utilizan para el juego de chueca), pero Nahuelhuala la agarró del pelo, la amarró con un lazo y la entregó a un mocetón para que la arrastrara hasta donde Inal. El mocetón ya había iniciado el galope cuando ella logró enredar el lazo a una viga, lo que hizo que el mocetón y su caballo cayeran al piso. Nahuelhuala, irritado por su resistencia, le enterró su daga puñal ahí mismo y ordenó que le cortaran la cabeza y la lanzaran en los alrededores.

Machi y machitún¹²

En el mes de [mayo] de 1836, cuando me encontraba en camino al entierro del cacique Cathijhi, fui despertado una noche por grandes gritos y sonidos de tambores, lo que me hizo pensar en un malón. Tranquilizado por mi guía principal, Don F. Abuelero¹³, que me explicó que era un tratamiento médico, o *machitún*, quise de inmediato salir de la cama para poder ir a ver, pero me dijo que la ceremonia se reanudaría en la mañana, así que me quedé acostado, sin poder recuperar el sueño por el ruido que salía de la casa del enfermo.

Por la mañana, en efecto, se reanudó la ceremonia, hacia las 9 horas, así que solicité a Abuelero que me condujera a ella. Los magos, tal vez poseídos por su impostura, no permiten la asistencia de los chilenos de la frontera, y menos aún los de las tierras del interior, a los que tienen poca costumbre de ver.

12 Ibid. cap. "Medicina y adivinos", pp. 286-294.

13 NdE: Se refiere probablemente a Francisco Aburto, Comisario de naciones de la frontera sur del territorio mapuche, dependiente de la provincia de Valdivia (ver Manuel Aburto Panguilef, *Libro Diario de la Federación Araucana Manuel Aburto Panguilef*, Santiago: CoLlibris 2013).

En esta coyuntura, Abuelo —que, en tanto Comisario de Indios reemplazante de su padre, tenía cierta autoridad sobre estas tribus— no quiso tomar la responsabilidad de infringir las costumbres, y no sin razón, pues en caso de muerte del enfermo podrían habernos atribuido la causa a uno de nosotros, aunque según ellos los cristianos seamos demasiado tontos para ser brujos.

Como mi objetivo en las tierras de los araucanos era estudiar sus usos y costumbres, la negativa no podía de ningún modo parecerme aceptable. Persistí en mi deseo, y con la voluntad suficiente como para que Abuelo no volviera a impedírmelo, así que me recomendó llevar conmigo a uno de los criados, y agregó que esperaba que no me ocurriera ningún infortunio. Nos dirigimos entonces hasta el umbral de la puerta, y de inmediato la *machi* se enderezó para interpelarme con un vivaz tono de cólera que me llenó de miedo y me obligó a volver junto a mi guía, que seguía obstinado en no querer acompañarme.

Si bien estaba perplejo, no quise perderme la oportunidad de ver un *machitún*, pues podía ser la única, y recuperando mi confianza decidí volver a la entrada de la casa y permanecer sordo a las amenazas de la *machi*. Para que no me viera, tomé un desvío por el bosque y llegué a la parte trasera de la choza, entré y permanecí inmóvil, a pesar de la nueva ira de la *machi*, que mi impasibilidad consiguió finalmente vencer y calmar.

El enfermo —de bronquitis pulmonar— estaba acostado en el suelo sobre unas ramas de *voighe*. El¹⁴ *machi*, vestido completamente de rojo, estaba de rodillas a su lado y tenía al frente suyo a una mujer *machi* que tenía en la mano una *huasa*, una especie de calabacita llena de pequeñas piedras, en todo semejante a la venerada maraca de los brasileros y de muchos indios de América. Alrededor estaban los excitadores o *nechalmavides*, de los cuales uno tocaba *cultrún* y los otros cumplían el su rol de hacer vertiginosas aclamaciones, agitando impetuosamente los brazos. Una tropa de niños de todas las edades se integró a

14 NdE: El autor cambia del pronombre *él* a *ella* a lo largo de este capítulo.

la ceremonia dando ruidosos gritos mientras otros, armados con bastones y lanzas, giraban alrededor de la choza, golpeando los muros fuertemente y persiguiendo a los perros que se acercaran para matarlos sin misericordia alguna.

El objetivo de este exorcismo era sacar al *huecuvu* del cuerpo del paciente, como si la *machi* fuera poseedora de la célebre piedra angélica de los tiempos antiguos, mediante la inspiración del dios al que rinden devoción con palabras de homenaje y piedad. A un costado, tenía un plato con piedras y agua de *voighe*, que revolvía de vez en cuando y que llevaba a su boca para soplarla en el aire y rociar al enfermo y al cordero que pronto sería sacrificado. Y entonces, en el momento en que la ceremonia adquiere su carácter más ruidoso y extravagante, el *machi* succiona la parte adolorida del enfermo, con el pretexto de que va a extraer el veneno del paciente. El conjunto formaba el más espantoso retrato: el *machi* con los ojos girando salvajes y aturdidos, sacudiendo bruscamente la cabeza y dando a su fisionomía todos los rasgos del delirio; la *machi* con sus cantos lúgubres y el sonido de su *huasa* dando el ritmo; los *nechalmavides* tocando *cultrún* para estimular el poder del *machi*, pronunciando palabras de ánimo y empatía, incitándolo a succionar muy bien para obtener la sanación, porque será esencial para la felicidad de las mujeres y la familia del enfermo, y finalmente los niños, que no dejaban de dar gritos, golpeándose la boca con la mano, al igual los de afuera, golpeando la choza con unos palos para espantar al *huecuvu* que el *machi* acababa de extraer por succión y conjuración.

Este mismo ceremonial se renovó varias veces durante la sesión, hasta que el *machi*, con su habitual astucia, cayó en síncope.

Al volver a sí mismo fue sacando de su boca trozos de lana, pequeños palitos, e incluso miembros de sapo y de otros animales inmundos, concluyendo que el *huecuvu* por fin estaba afuera. Esta evasión fue confirmada por uno de los hombres estaba afuera de la casa y que, no menos astuto, gritó haberlo visto escapar por tal lugar, y entonces él y los que estaban allí, fueron

por él armados con sus lanzas y palos, dando gritos estruendosos. Al llegar a una parte estrecha del camino, encendieron un gran fuego en el que sancocharon a un perro que llevan para ese efecto; cuando el perro murió, dejaron colgando allí su cadáver, convencidos de que el *huecuvu* se asustaría y no se atrevería a pasar por ahí. En otras circunstancias llevan el cordero sacrificado para asarlo en ese mismo fuego y comerlo, tomando la precaución de recoger todos sus huesos y lanzarlos al río, para que los perros no fueran a comerlos, pues sería un mal presagio para el enfermo.

Mientras duró esta carrera, el *machi* mandó a amarrar el cordero al *voighe* plantado frente a la casa, y ordenó a su ayudante que arrancarle el corazón. Lo hizo con la mano izquierda y recibió la sangre con la derecha (a veces se hace con la boca), y rocía el árbol sagrado al ritmo del *cultrún* y de los gritos de los excitadores y los niños. Cuando el corazón ya no dio señal de movimiento, lo colgó al árbol y acercó su oreja para oír lo que iba a decir y luego dio vueltas al árbol y reanudó sus niñerías varias veces, alejándose de a poco. Generalmente, termina por llevarse el cordero a su casa como honorario de su profesión, si es que éste no ha sido festinado por los invitados.

Estos *machitunes* no son iguales en todas las tribus. Varían en la forma, pero no en el fondo, pues la idea siempre es conjurar la enfermedad de un supuesto poseído.

Hasta el momento el enfermo solo ha sido beneficiario de encantaciones, veremos ahora las operaciones que hace el *machi* de doble visión, con el fin de ver al interior del cuerpo, pues su mirada es capaz de atravesar hasta los cuerpos más opacos. Según ciertos crédulos autores, que además afirman la existencia de una relación directa con el diablo, estas operaciones consistirían en abrir realmente el cuerpo para examinar nada menos que el corazón, el hígado, las entrañas y otros órganos, y succionarlos para sacar el veneno que habrían ingerido en una bebida, y luego lo cierran de manera que no se puedan distinguir las suturas. Francisco Núñez, en su *Cautiverio Feliz*, dice haber presenciado esta operación y, al igual que varios misioneros,

atribuye todo el mérito a un pacto con el diablo, símbolo de todas las peripecias humanitarias en el tiempo de los antiguos, de la Edad Media y hasta de nuestros días.

A veces el *machi*, en medio del alboroto de la asamblea, solamente succiona la parte adolorida del enfermo y lo saca de la boca por medio de palitos, lana, colas de lagarto o gusanos, diciendo que son el *huecuvu* que le acaba de sacar; otras veces, con la ayuda de su asistente y a modo de medicamento, ubica sobre el lugar adolorido una hoja de *voighe*, que sostiene con la mano izquierda y hace una incisión con un cuchillo pequeño en la hoja, después de haberla untado en un poco de grasa para simular que lo está hundiéndolo en el cuerpo del paciente. Luego de repetir varias veces esta operación, rocía al enfermo con el agua del *voighe* y envuelve con las hojas el pedazo de grasa que pretende haber sacado del cuerpo y lo deja al lado del cordero sacrificado, que cuelga del árbol sagrado. Tras ella vienen todas las demás personas, que no dejan de cantar, bailar y gritar, y da tres vueltas al árbol tocando su tambor, haciéndolo revolotear en todos los sentidos, y lo rocía con el agua de *voighe* que guardaba en la boca. Después de mil contorciones extravagantes, termina cayendo al piso y hace como si estuviera tragándose un gran animal. Luego escupe y muestra los síntomas de un desmayo, pero el excitador va hacia ella y le grita que tiene el deber de tragarlo (*urquiviñe*), y con todas estas excitaciones, la *machi* hace como si ya se lo hubiera tragado, y el excitador vuelve a gritarle *urquini*, “trágatelo”. Sostenida por los *thaghimachive* (que son los encargados de recibirla cuando cae), su ayudante viene a echarle encima bocanadas de tabaco y agua de canelo, lo que la llevará al momento de su inspiración profética: después de permanecer un rato en este estado letárgico, el excitador le grita varias veces que se despierte, y poco a poco la *machi* despierta y va estirando sus crispados brazos, cada vez más excitada por el [vacío], que aumenta el sonido de su voz, instando a que todas las personas se pongan a chivatear.

Ya de regreso de su letargo, simula un vómito y pega roncros gritos [vacío].

Como consecuencia de este ajetreo extremadamente animado por los gritos y exhortaciones de los parientes, la bebida excitante y los movimientos desordenados de la *machi*, es fácilmente comprensible que su organismo quede sumamente debilitado y se predisponga a ese estado de sonambulismo en el que el sueño y la vigilia están unidos y la imaginación tan encendida que absorbe todo lo que le queda de razón. Para alcanzar ese magnético estado, ya no necesita hacer gestos ni fricciones ni frotaciones, pues basta la presencia del asistente; tal vez fascinado por la mirada de este, se encuentren ambos en una relación de armonía. En medio de toda esta gente, que permanece en la mayor calma y sin que se oiga ruido alguno, el cuerpo se agita en violentas contorciones, entregado a sí mismo, afectando sobre todo los músculos del rostro, que se hincha, se descompone y cambia de color, dando a su fisionomía y a sus terribles morisquetas expresiones que inspiran horror y miedo a todos los testigos que no estén acostumbrados al *machitún*.

En este estado de abatimiento, el alumno se le acerca y le sopla agua de *voighe* con la boca sobre la cabeza y el cuerpo, da vueltas agitando la huasa cualquier manera [vacío] para que el *curipiuchen* se apreste a salir. En ese momento el discípulo reanuda la operación del tambor, tocándolo por encima de su cabeza acompañado por el ruido de sus asistentes, y el excitador se pone a gritar *thupague ni huecuvu*, “qué salga tu huecuvu”.

Una vez obtenido el resultado, le pregunta qué es lo que hace allí, tan aturdida y como sufriente, mirando a su alrededor con aire de sorpresa y quejándose de la fatiga, hasta que el excitador le dice que ella está ahí para dirigir el *machitún* y contarles qué le dijo el *curipiuchen*. De este modo, se recuerda de la función que vino a ejercer, se acerca al *voighe*, y a la pregunta del excitador ella responde, cantando en voz baja, que se sanará si continuaban con los *rehue* [sic]. Después, pasa a tomar asiento como si nada e ignorara todo lo que acaba de ocurrir. La razón de Francisco Núñez quedó tan impresionada que, temblando de miedo, encomendó su alma a Dios, plenamente convencido de que el diablo se había apropiado de su cuerpo.

Como señalamos en el capítulo anterior al hablar del sonambulismo en los ejercicios religiosos, es probable que, en su frenético delirio, el *machi* deje una fuerte impresión en el espíritu del enfermo, generando así una revolución en sus equilibrios que afectaría a los órganos de distintas maneras. Por esta vía y por la fe que depositan en su médico, obtendrían estas curas milagrosas de las que hablan ciertos autores. La medicina cita muchos hechos de este tipo, cuyas causas son atribuidas ya sea a los simples esfuerzos de la naturaleza, ya sea a los efectos de una imaginación muy exaltada, ya sea a una reacción física a lo moral; por lo tanto, no hay nada sorprendente en que estas mismas causas fisiológicas y psicológicas tengan los mismos efectos en los indios.

Como sea, tienen la mayor confianza en sus *machitunes*, y los verdaderos *machis*, los que desconocen el engaño, creen en su potencia con tanta fe como los que creían en las oraciones, las novenas y las demás manifestaciones de los convulsionistas de Saint-Médard, o como los magnetizadores actuales creen en la transmisión de sus fluidos a través de gestos o toqueteos.¹⁵

El famoso Colipi tuvo una confianza tan viva que, aunque vivió por mucho tiempo rodeado de médicos de las tropas chilenas, al momento de contraer una enfermedad que lo conduciría finalmente a la tumba, ya no quiso de estos médicos y optó por tratarse con el método nacional, solicitando para su servicio a cuatro *machis*. Acostado en el suelo sobre pieles de cordero, mientras lo abanicaban con ramas de canelo y las mujeres bailaban monótonamente el *purutun* al sonido de las *pifilca* y *trutruca*, la *machi* principal lo rociaba con agua de canelo y luego con sangre extraída de la cola y las orejas de un perro. Los hombres daban gritos ensordecedores, y los que estaban afuera alzaban sus armas para espantar al *huecuvu*. Después

15 NdE: Los convulsionistas eran un grupo de religiosos católicos que realizaba rituales con el fin de suscitar milagros sanatorios u otros. Sus encuentros se efectuaron en el cementerio de la iglesia de Saint Médard, en París, durante el siglo XVIII, y fueron rápidamente prohibidas, debido justamente a los “toqueteos” por medio de los cuales accedían al transe.

de varias invocaciones, una de las *machis* salió de la casa *huasa* en mano, junto a otra que llevaba una rama de *voighe*, y se puso a correr hasta alcanzar una importante distancia, siempre rodeada de hombres que agitaban sus lanzas en pleno griterío. De vuelta de su carrera, y sin más compañía que los hombres armados con sables, se dejó caer en el umbral de la puerta, y luego de un momento de letargo volvió a sí misma sacudiendo un poco sus brazos crispados y dando gritos cada vez más agudos.

Sin duda un gran número de enfermos paga con su vida la extravagancia de estos magos, pero ello no reduce en nada la confianza que se les tiene ni altera su prestigio.